

Marta Colvin, Premio Nacional de Arte

Por ENRIQUE MELCHERTS B.

En Chile, la gloria no da dinero. Hemos visto a Premios Nacionales de Literatura quitarse la vida para esquivar la miseria; a poetas y escritores ampliamente leídos y divulgados en el medio, desfallecer de hambre en la calle o morir en el abandono; a pintores y escultores de relieve, que realizaron una labor señera y de jerarquía en el ambiente artístico nacional e incluso americano, entregar lo mejor de sus vidas en quehaceres subalternos para poder subsistir.

Está presente el caso de la escultora que motiva estas líneas, quien, después de cuatro años de ingentes sacrificios y fecunda labor creadora en Europa, regresó a su patria trayendo el presente admirable de una obra estimada y aplaudida en los más exigentes centros culturales del Viejo Mundo, y que sin embargo no podía ingresar al país su valiosa producción artística, por estar ésta sujeta a subidos gravámenes, mientras tanta gente circula, llena de prebendas y franquicias, sin que nada aporte al prestigio de Chile.

"Es la tragedia del artista y del escritor en un medio burgués y mediocre, nos decía en cierta oportunidad el poeta Guillermo Quiñones, y agregaba: Pablo de Rocka tenía que imprimir sus libros y salir con ellos debajo del brazo a venderlos; pelearle a la vida a puñetazos para no morir de hambre él y su fa-

milia. ¿Puede en estas condiciones el intelectual entregar lo mejor de su capacidad realizadora? El artista es un héroe. Es risible ver cuando a un Ciudadano Ilustre le entrega el Municipio un cartón y una "medalla" y tiene que seguir pagando impuestos como el más vulgar de los ciudadanos. Y ni siquiera tiene la posibilidad de que la venta de la "medallita" le proporcione algún respiro económico..."

Es verdad, cuánto hemos luchado en la ciudad para que sean creados los Premios Anuales de Arte, Literatura, Periodismo, Teatro o Música, establecidos en vitales, para que constituyan algún alivio en la cotidiana existencia de lucha de los artistas y escritores locales. Esta recompensa la tienen casi todas las ciudades del país y ¡vergüenza!, Valparaíso, en estos instantes la capital de Chile, no puede exhibirlo co-



Marta Colvin

mo uno de sus orgullos.

Pero ¿quién es esta escultora chilena que hoy pasa a integrar la galería de los inmortales de nuestro arte y que nos ha movido a estas disquisiciones, un tanto amargas, pero nacidas de una viva realidad nacional?

Marta Colvin, Premio Nacional de Arte 1970, es una escultora que señala en el país una trayectoria de esfuerzo y constancia, de fe en sus recursos y de entrega honesta a una vocación irrefrenable. Nació en Chillán, tierra de grandes creadores e intérpretes como Vinay y Arrau. Ingresó muy joven a la Escuela de Bellas Artes, el año 39; muy pronto llegó a ser profesora-ayudante de la cátedra de escultura de Julio Antonio Vásquez. El British Council la envió a perfeccionar sus estudios en la Universidad de Londres. En esa misma ciudad ganó un premio en el Concurso Internacional "El Prisionero Político". Fue invitada por Francia en 1948, y por Inglaterra en 1952. En Europa participó con los grandes del movimiento revolucionario que convulsiona la plástica mun-

dial. La Grande Chaumiere y la Sorbonne fueron su refugio didáctico, en Francia, y en Londres, el taller del escultor Henry Moore.

En 1954 la crítica francesa acogió favorablemente la exposición de sus obras efectuada en París. Ha exhibido esculturas y dibujos en la Bienal de Sao Paulo y en exposiciones colectivas de Sudamérica, Norteamérica y Europa. Sus obras figuran en la Colección Jackson de Nueva York, en colecciones particulares de París, Londres y Bruselas, y en el Museo de Arte Contemporáneo de Santiago. Es autora del monumento a Benjamín Vicuña Mackenna erigido en la Place de l'Amérique Latine, en París. En 1956 obtuvo el Premio de Honor en el Salón Oficial de Santiago.

En 1960 viajó nuevamente a París, en donde, en el lapso de cuatro años, realizó una tarea que la sitúa a la altura de los más caracterizados creadores del arte de nuestro continente. Su obra, que, en un proceso de síntesis y depuración, deviene de las formas realistas a las abstractas, ha logrado una madurez, un equilibrio y una expresión que la entroncan en la dimensión del mito americano como esencia de planteos formales.

Su conocido "Bolivar" sus monumentos a la bailarina Isabel Glatzel y a Marta Brunet, en el Cementerio General, su "Estrella del Sur", exhibida en el Festival d'Avant Garde, en París, en 1960, y en el Museo Rodin, en 1961, sus "Torres del silencio" y "Ciudad herida", justifican por sí solas el justo reconocimiento hecho a la escultora al serle otorgado el Premio Nacional de Arte